

I

En la oscuridad densa de la noche invernal el tren caminaba con el paso del que sabe que, por mucho que ande, no ha de llegar a tiempo.

En verdad, la señora Lucieta Nespi, viuda de Lofredi, aun cuando aburrida y cansada del largo viaje en aquel sucio y desquiciado coche de segunda clase, no tenía ninguna prisa de llegar a Péola.

Pensaba... pensaba...

Se sentía transportada en aquel tren, pero con el alma estaba todavía allí, en la lejana casa de Génova, abandonada, cuyas estancias, desocupadas de los lindos muebles casi nuevos aún, mal vendidos, en vez de parecerle más grandes, le habían parecido más pequeñas. ¡Qué contradicción!

BIBLIOTECA ALFONSIANA
UNIVERSITARIA

Tenía necesidad de verlas grandes, ella, muy grandes y magníficas, aquellas estancias, en su última visita de despedida, después de la evacuación, para poder decir un día, con orgullo, en la miseria a que descendía:

—¡Ah, la casa que tenía yo en Génoval...

Lo diría lo mismo, ciertamente; pero en el fondo del alma, ¡ay!, le había quedado la extraña impresión penosa de aquellas estancias vacías, como las había visto la última vez antes de partir: ¡mezquinas y nada hermosas!

Y pensaba también en las buenas amigas, de las cuales, a lo último, no había ido a despedirse, porque también ellas la habían traicionado, aunque dándose el tono de querer ayudarla a porfía. ¡Oh!, sí, llevándole a casa tantos honestos compradores a los cuales, sin duda, antes habían ponderado la ocasión de poder adquirir por cinco aquello que había costado veinte o treinta...

Así, pensando, la señora Lucieta ya apretaba, ya dilataba los lindos ojitos avispados y, de rato en rato, con un rápido y gracioso movimiento, que le era habitual, levantaba una mano, se pasaba el índice sobre la naricita audaz y suspiraba.

Estaba cansada, verdaderamente. Hubiera querido adormilarse.

Sus dos niñitos, huérfanos, ellos sí, pobres amorcillos, se habían dormido: uno, el mayor, tendido sobre el asiento, bajo una manteleta;

el otro aquí, recogidito, con la cabecita rubia sobre las piernas de ella.

¡Quién sabe si ella también estaría dormida, si hubiese podido apoyar, de cualquier modo, un codo o la cabeza, sin despertar al pequeño, a quien sus piernas servían de almohada!

El asiento de enfrente conservaba las huellas de sus piecitos, que habían encontrado allí un cómodo sostén, antes que hubiera venido a tomar puesto—donde ya habían tantos viajeros—allí mismo, en aquel coche, un hombre como de edad de treinta y cinco años, barbudo, moreno de cara, pero con ojos claros, claros verdosos: dos ojos, grandes también, preocupados y tristes.

La señora Lucieta experimentó de pronto un gran fastidio. El color claro, verdoso, de aquellos grandes ojos extáticos le había infundido—quién sabe por qué—la idea confusa de que el mundo, por dondequiera ella fuese, permanecería siempre extraño a ella, de ahora en adelante, y como lejano, lejanísimo e ignoto, y que ella en él se vería perdida, pidiendo en vano ayuda, entre tantos ojos que se quedarían mirándola como aquéllos, con cierto velo de tristeza, sí, pero en el fondo indiferentes.

Para no verlos tenía desde hacía mucho rato vuelta la cara hacia la ventanilla, aunque de lo de fuera no se viese nada.

Se veía sólo, en alto, suspendido en las tinieblas, el reflejo preciso de la lámpara de aceite del coche, con la roja llanita humeante y vacilante en el cristal cóncavo que la encerraba y el aceite caído, ondeándose.

Parecía propiamente como si hubiera otra lámpara a la parte de fuera, la cual siguiese con pena, en la noche, al tren, para darle al mismo tiempo consuelo y sobresalto.

—La fe...—murmuró al cabo de un rato aquel señor.

La señora Lucieta se volvió, con aire atolondrado y con una sombra de sana sonrisa sobre los labios y los ojos errantes.

—¿Qué es lo que dice?

—Aquella luz, que no lo es.

Reavivando la sonrisa y la mirada, la señora Lucieta alzó un dedo para indicar la lámpara del techo del vagón.

—¡Ahí la tiene usted!

Aquel señor aprobó varias veces con la cabeza, lentamente; luego añadió, con sonrisa triste:

—Y bien, como la fe... Encendemos nosotros la luz aquí, en la vida, y la vemos también en la parte de allá, sin pensar que si se apaga ésta, en aquélla no habrá ya luz.

—¡Es usted filósofo!—sonrió entonces la señora Lucieta.

El hombre alzó una mano del puño del bastón y, con un gesto vago, suspiró:

—Soy observador...

El tren se detuvo por un gran espacio frente a un apartadero. No se oía ninguna voz y, cesado el rumor cadencioso de las ruedas, la espera en aquel silencio parecía eterna y espantosa.

—Mazano—murmuró el señor—. Se espera, según costumbre, el cruce.

Al fin, llegó desde lejos, como un lamento, el silbido del tren en retraso.

—Ya está ahí...

En el lamento de aquel tren, que corría en la noche por la misma vía sobre la cual dentro de poco también ella había de pasar, la señora Lucieta oyó por un momento la voz de su destino, que, indudablemente, la quería a ella extraviada en la vida en unión de aquellas dos criaturitas.

Se repuso de su angustia momentánea y preguntó al compañero de viaje:

—¿Nos quedará todavía mucho para Péola?

—¡Bah!—respondió aquél—, más de una hora... ¿Baja usted también en Péola?

—Yo sí. ¡Soy la nueva telegrafista! He ganado las oposiciones. He alcanzado el quinto lugar, ¿sabe? ¡Me han destinado a Péola!

—¡Calle, es verdad!... Sí, sí, la esperábamos ayer por la tarde.

La señora Lucieta se animó toda.

—Pues ya estoy aquí—comenzó a decir; pero de pronto detuvo el impulso para no inte-

rrumpir el sueño de su pequeñín—. Abrió los brazos y, señalándolos con la mirada a los dos, dijo:—Pero mire qué atada estoy—añadió—. Y con ser yo sola... haber tenido que separarme de tantas cosas...

—Usted es la viuda de Lofredi, ¿verdad?

—Sí...

Y la señora Lucieta bajó los ojos.

—Pero, ¿no se ha podido averiguar nada más?—preguntó, después de un breve y grave silencio, aquel señor.

—Nada. Pero, ¡hay quien saber!—dijo, con un relámpago en los ojos, la señora Lucieta—. El verdadero asesino de Lofredi, créalo usted, no fué el sicario que lo hirió traídoramente por la espalda y desapareció. Han querido insinuar que por motivo de faldas... No; ¿sabe? Venganza. Ha sido una venganza política. Para el tiempo que Lofredi tenía de pensar en mujeres, una sola aun demasiado. Le bastaba conmigo. Figúrese, ¡me cogió de quince años!

Al decir esto, la cara de la señora Lucieta se puso roja, los ojos le brillaron, inquietos, huyeron de acá para allá, y, al fin, miraron al suelo, como antes.

El señor se detuvo un poco a observarla, impresionado del rápido cambio de la excitación imprevista en la imprevista mortificación.

Pero, ¡vaya! ¿Cómo tomar por mucho tiempo en serio aquella excitación y esta mor-

tificación? Aunque mamá de aquellos dos pequeños, ella parecía aún una niña, o mejor, una muñequita; y se había mortificado, quizás, a sí misma al haber con tanta firmeza y de buenas a primeras, sin ninguna razón aparente, asegurado que Lofredi, teniendo por mujer una personita tan fresca y avispada como ella, no había podido pensar nunca en otras mujeres.

Debía estar segura de que nadie, viéndola y sabiendo la clase de hombre que era Lofredi, lo hubiera creído. Y esto, ciertamente, la irritaba, no sólo porque ofendía su amor propio, sino también porque, evidentemente, ella estaba orgullosa, después de la tragedia, de haber sido mujer de aquel hombre y de ser ahora su viudita. Después de la tragedia, únicamente. Vivo Lofredi, ella debía haber tenido con él una gran sujeción y, acaso, recordándolo, la tenía aún; sí, quizás también de esto se enojaba, y ahora hacía esfuerzos para librarse de ella. No podía soportar la sospecha de que Lofredi había podido no hacerle caso, y que había sido para él una muñequita y nada más. Quería ser la heredera única, al menos, de todo el alboroto que la trágica muerte del fiero e impetuoso periodista genovés había levantado, cerca de un año atrás, en toda la prensa diaria de Italia.

Mucho satisfizo a aquel señor haber adivinado de tal modo el ánimo y la índole de ella,

cuando estimulada con breves y astutas preguntas a hablar de sus vicisitudes, obtuvo confirmación de sus propios labios.

Y una gran ternura se apoderó entonces de él por el aire de libertad que se daba aquella alondra, ahora mismo salida del nido, inexperta aún para el vuelo, para las fieras protestas que hacía de su perspicacia y de su gran valor. ¡Ah, qué se habían figurado! Jamás desfallecía su ánimo. De hoy a mañana, arrojada de un estado al otro, entre el horror y el trastorno de la tragedia, no había desperdiciado un momento; había corrido aquí; había corrido allá; había hecho esto y aquello otro; no tanto por ella, no, como por aquellos dos pobrecitos niños..., pero, vaya, sí, un poco también para ella, que a fin de cuentas tenía apenas veinte años. Veinte ya, y no los representaba tampoco... Otro obstáculo, éste, y el más enojoso de todos. Que cada cual, viéndola excitada y desesperada, se echaba a reír, como si ella no tuviese el derecho de excitarse tanto, de desesperarse tanto. ¡Ah, qué rabia! Pero cuanto más se irritaba ella, más los otros se refan. Y, riendo, uno le prometía una cosa, y otro, otra; pero todos hubieran querido acompañar aquella promesa con alguna pequeña caricia, que no se atrevían a hacer, pero que ella leía claramente en los ojos de todos. Se había cansado al fin; y, con tal de salir de eso, héla aquí ya: ¡telegrafista en Péola!

—¡Pobre señora!—suspiró, sonriendo también él, el compañero de viaje.

—¿Pobre, por qué?

—¡Ah...! porque... ya verá usted, no se divertirá mucho en Péola.

Y le dió algunos informes del pueblo y de su vida, si acaso vida se pudiera llamar a aquella.

Por todas las callejuelas y las plazuelas el aburrimiento, en Péola, era visible y tangible siempre.

—¿Visible? ¿Cómo?

Sí, en una infinita multitud de perros, que dormían desde la mañana a la noche, tendidos a lo largo sobre el empedrado.

No se despertaban, ni aún para rascarse, aquellos perros; o mejor dicho, se rascaban, sin dejar de dormir.

¡Y guay de quien en Péola abriese la boca para bostezar! Tenía que resignarse a tenerla abierta, un gran rato, lo que equivaliese, al menos, a cuatro o cinco bostezos a la vez. El aburrimiento, cuando se le entraba a uno por la boca, no se resolvía a salir fácilmente de ella. Y todo el mundo, en Péola, cuando tenía algo que hacer cerraba los ojos y, suspirando, decía:

—Mañana...

Porque hoy o mañana era lo mismo, es decir, mañana no llegaba nunca.

—Verá usted qué poco hay que hacer en la oficina de telégrafos—concluyó—. Nadie se

sirve nunca de él. ¿Ve usted este tren? Va con el paso de una diligencia. Y todavía la diligencia representaría un progreso para Péola. La vida en Péola va aún en litera.

—¡Dios mío, usted me espanta!—dijo la señora Lucieta.

—No se espante, señora—contestó sonriendo aquel señor—. Ahora le doy una buena noticia: tendremos, dentro de poco, en el Círculo, fiesta y baile...

—¡Ahl...

Y la señora Lucieta lo miró, como asaltada en un relámpago de la sospecha de que aquel señor se quisiera también burlar de ella.

—¿Bailan los perros?—preguntó.

—No: los «ciudadanos» de Péola... Vaya usted allí: se divertirá. Precisamente el Círculo está en la plaza, próximo a la oficina de telégrafos. ¿Ha encontrado usted alojamiento?

La señora Lucieta respondió que sí, que lo había encontrado en la misma casa que antes habitaba el oficial de telégrafos, predecesor suyo. Después preguntó:

—Y usted, perdone... ¿su nombre?

—Silvagni, señora. Fausto Silvagni. Soy el secretario del ayuntamiento.

—¡Oh, casualidad! Mucho gusto.

—¡Bah!

Y Silvagni levantó una mano del puño del bastón con un gesto desconsolado, bañando su faz en una sonrisa amarguísima, que le cu-

brió de intensa melancolía los grandes ojos tristes.

El tren saludó con silbido angustioso la estacionucha de Péola.

—¿Aquí?

II

Tener allí, en su modestísimo pueblecillo (puntito ni siquiera marcado en las cartas geográficas de Italia, pero que todavía, entre aquel amplio cerco de montes azulencos, hendido aquí y allá por brumosos valles ensombrecidos de encinas y de abetos, de alegres castaños), algo era, sí, con su montoncito de techos rojos y sus cuatro campanarios oscuros; algo era, aun cuando hecho mal y pronto, con angostas plazoletas, jorobadas y torcidas, y empinadas callejuelas de empedrado desigual entre casas viejas y mezquinas y casas nuevas un poco mayores, en donde, a la buena de Dios se vivía, pero se vivía; tener allí, en efecto, a la viuda de aquel periodista Lofredi, de cuya trágica muerte, aún envuelta en el misterio, se seguía de vez en cuando escribiendo con renovado ardor en los diarios de la más grande ciudad, marcada—ella sí—en las cartas geográficas de Italia, parecía a los «ciudadanos» de Péola casi un título de gloria.

Porque, vaya, privilegio y era, no común,

poder saber de viva voz por ella tantas cosas que otros en las grandes ciudades no sabían; y, además, tenerla allí entre ellos y sólo para ellos, y poder decir:

—Oye, Lofredi, cuando vivo, estrechabas entre tus brazos esta cosita tan rica que tenemos ahí...

Para los «ciudadanos» de Péola, decíamos. Porque, en cuanto a los perros, hubieran en verdad seguido durmiendo pacíficamente, tendidos por callejuelas y plazoletas del pueblo, sin el menor indicio de aquel privilegio no común, si de pronto (habiéndose extendido la voz de la desagradable impresión que ellos habían hecho y hacían con su perpetuo sueño a la señora Lucieta) la gente, especialmente los mozos, y también los hombres maduros, no se hubieran dedicado a espantarlos, a echarlos de las calles a puntapiés o palmoteando y pateando.

Los pobres animales se levantaban de la tierra importunadísimos, pero más que importunados, acaso, estupefactos; miraban un poco de través, alzando apenas una oreja; después se iban—algunos bailoteando sobre tres patas con la cuarta encogida, lastimada—a tenderse más allá, de donde poco después volvían a ser lanzados. Pero, ¿qué era aquéello?

¿Que qué era aquéello?... Acaso lo hubieran comprendido, si fueran perros un poco más inteligentes y menos embrutecidos por el

sueño. Bastaba, santo Dios, detenerse un poco a mirar a distancia desde la embocadura de la plazoleta en la que a ninguno de ellos le era permitido ya, no tumbarse un solo minuto, sino ni aún cruzar a la carrera. En aquella plazoleta estaba la oficina del telégrafo. Y si fueran listos, si hubieran sido perros un poco más inteligentes, se habrían enterado de que los hombres todos, al pasar por allí, especialmente los mozos, pero también los hombres maduros, parecía que entraban en otra atmósfera más sutil, más vivaz, más luminosa, en una atmósfera, digámoslo así, embriagadora, al pasar por la cual, todos los movimientos de la persona, en especial del cuello y de los brazos, se volvían de pronto más elegantes, más airosos; y todas las cabezas, vedlas, se erguían, como si por un repentino riego de sangre no encontraran medio de volverse a ajustar dentro del cerco del cuello almidonado, y todas las manos se esforzaban en tirar del chaleco para abajo, o en arreglar la corbata muy bien sobre la pechera de la camisa.

Mas era lo peor que, atravesada la plazoleta, aquella atmósfera embriagadora parecía que se la llevaban adelante, alrededor, consigo, gozosa, alegre, y:

—¡Arre allá!

—¡Fuera de los pies!

—¡Huye de aquí, animalucho!

¡Y hasta pedradas, caramba—no bastaban.

BIBLIOTECA ALFONSIANA
DE LA UNIVERSIDAD DE VALPALESA

los puntapies—, tiraban ahora también pedradas!

Por fortuna, en ayuda de ellos, se abría de par en par alguna ventana furiosamente, sobre todo allí en la plazoleta del telégrafo, y una cabeza de mujer, con ojos feroces y desorbitados, verde de bilis, entre dos puños rabiosamente extendidos, se asomaba a gritar:

—¿Pero por qué? ¿Pero por qué la habéis tomado, verdugos, contra estos pobres animalitos?

O bien:

—¡Caramba! ¿También usted? ¡Me ha fastidiado el señor notario! ¿Cómo no se avergüenza, y usted perdone? ¡Pero mire qué patada a traición, pobre animal! Aquí, pobrecito, ven aquí, ven aquí... ¡La patita, mirad... le ha estropeado la patita, y él se va con el cigarro en la boca, como si tal cosa no hubiera hecho! ¡Qué vergüenza, un hombre serio!... Aquí, pobrecito, aquí, pobrecito...

En breve, una vivísima simpatía vino a establecerse entre las mujeres feas de Péola y aquellos pobres perros perseguidos de tal manera en todas partes por los hombres, maridos, padres, hermanos, primos, novios y, en fin, por contagio, también todos los mozalbetes.

Aquella atmósfera nueva, aquella atmósfera que sus hombres respiraban desde algunos días y que les ponía los ojos vivos y

chispeantes y el aspecto extraviado, las señoras, un poco más inteligentes que los perros—al menos algunas—lo habían advertido muy pronto. Estaba como difusa sobre los rojos techos enmohecidos y hasta en los resquicios más ocultos del viejo y soñoliento pueblecillo y lo alegraba todo (a los ojos de los hombres, se entiende).

Porque sí. La vida... es angustias, tristezas, tedio... aunque a lo mejor de improviso se ríe... ¡oh, Dios!, así... por nada, se ríe. Si tras días y días de niebla y de lluvia despunta un rayito de sol, ¿no se alegran todos los corazones?, ¿no aspiran todos los pechos un aura de consuelo? Y bien, ¿qué ha pasado? Nada... un rayito de sol; pero la vida se muestra súbitamente otra... el peso del tedio se aligera, los pensamientos más negros se llenan de azul; el que antes no ha querido salir de su casa, se da ahora a la luz... Pero, ¿no aspiráis el buen olor a tierra mojada? ¡Oh, Dios, qué bien se respira!... Frescura de setos, ¿verdad? Y todos los designios para la conquista del porvenir se vuelven fáciles, sencillos, y cada uno se sacude de encima el recuerdo de los golpes más recios, reconociendo que les había dado, vamos, demasiada importancia. ¡Qué demonches, arriba, arriba! ¿Cómo arriba? Sí, sí, es menester echarse para arriba... ¿Los bigotes? ¡Eso es, también los bigotes arriba!

—Rica mía, ¿por qué no te peinas un poco mejor?

Efectos del rayo de sol que ha despuntado inesperadamente en Péola en la plazoleta de la oficina telegráfica. Además de la persecución de los perros, esta pregunta de muchos maridos a sus mujeres:

—¿Por qué no te peinas, hermosa mía, un poquito mejor?

Además, en verdad, desde años y años, en el Círculo, por la calle, en las casas, en paseo, no habían canturreado tanto, sin querer y sin darse cuenta de ello, los «ciudadanos» de Péola.

La señora Lucieta veía y sentía todo esto. La vibración de tantos deseos de ojos ardientes que le seguían en todos sus movimientos y la acariciaban con la mirada voluptuosamente, el calor de simpatía que la envolvía, la embriagaron en breve también a ella.

No hacía falta tanto, porque ya vibraba y hervía por sí aquel cuerpecito esbelto y sano. ¡Qué nerviosa la ponían aquellos ricitos que le caían sobre la frente apenas inclinaba la cabeza para seguir con los ojos la cinta de papel punteado que desenrollaba de la maquina traqueante sobre la mesa del telégrafo! Sacudía la cabeza y casi se estremecía como por un cosquilleo inesperado. ¡Y qué imprevistos sofocos, qué repentinas ansias, que acababan de pronto en una lánguida, triste, graciosísima

risita! ¡Ah!, pero lloraba también, sí, sí, lloraba en ciertos momentos, a hurtadillas, así..., de pronto, sin saber por qué... Unas lágrimas cálidas, abrasadoras, por un oscuro, imprevisto trastorno en la mente, por un extraño orgasmo que le producía un serpenteo de temblores por todo el cuerpo, una impaciencia desesperada... No podía detenerlas, aquellas lágrimas, y suspiraba, suspiraba; pero poco después, de pronto, por una nonada, vedla, se echaba otra vez a refr.

No, vaya: para no pensar en nada, para no andar vagando con la fantasía detrás de toda imagen cómica o peligrosa, para no sorprenderse absorta en ciertas esperanzas inverosímiles, extrañas, el único medio era atender juiciosamente a su oficio: sí, eso es, recogerse, tomar a empeño el tener bien sujeta la atención para que todo procediera allá dentro en perfecta regla, en orden perfecto. Y acordarse, acordarse siempre, siempre, que en casa, entre tanto, confiados a una vieja criada estúpida y grosera, estaban sus dos pobres hijitos huérfanos.

Pero, Dios mío, ¡qué proyecto era éste!... ¡Sacar adelante, por sí sola, con su trabajo, con su sacrificio, aquellos hijitos... ¿y cómo?, así, con tanta miseria, desdichadamente, hoy aquí, mañana allí, vagabunda con ellos, entre tantas dificultades! ¿Y después? Después, cuando hubieran crecido, cuando se hubieran la-

brado una posición para ellos, entonces, ellos acaso de aquel sacrificio de ella, de todas aquellas penas suyas... No, ¡vaya, vaya! ¡Eran todavía tan pequeños!... ¿Por qué imaginar una cosa tan horrible? Estaría ya vieja, ella, entonces; habría pasado de todas maneras su tiempo; y cuando el tiempo ha pasado y se es viejo, aún a las cosas feas y tristes se habitúa uno a presentar buena cara...

¿Quién decía esto? Ella lo decía. Sí, ella, pero no porque verdaderamente le surgiesen espontáneas en el alma estas consideraciones desconsoladoras...

Pasaba todas las mañanas por el telégrafo, y tal vez también al oscurecer, cuando salía del ayuntamiento, el secretario del mismo, aquel señor Silvagni: aquel señor Silvagni, Dios mío, sí, tan bueno con ella, tan noble... ¿Y qué? No, nada: pasaba y se entretenía un momento allí sobre el umbral o frente al postigo... De cosas ajenas hablaba, aunque jocosas, y reía con ella de la caza que se daba a los perros, por ejemplo, y de la defensa que de ellos hacían las mujeres del país. Pero en los ojos de aquel hombre, en aquellos grandes ojos claros, verdosos, preocupados y tristes, que le quedaban largo rato impresos en la memoria después que él seguía adelante, ella leía aquellas consideraciones desconsoladoras. Esto de que pensara en sus hijos, todas las veces, quién sabe por qué, se lo reclamaba él,

angustiosísimo, y aun cuando ni por incidencia se estuviese hablando de ellos.

Tornaba a sollozar la señora Lucieta, a repetir que sus hijos eran todavía tan pequeños... y después de todo, ¿por qué desfallecer? No debía, y no quería. ¡Arriba, arriba, valor! Era joven, ella, por ahora..., muy joven... y por tanto...

—¿Qué dice usted, señor? Pues sí: cuente las palabras del telegrama, y después calcule diez céntimos más. ¿Quiere usted una tabla impresa? ¿No? ¡Ah!, sólo por saberlo... Ya comprendo. Hasta la vista, señor... De nada, no hay de qué...

¡Cuántos entraban a la oficina a importunarla con aquella estúpida palabral Vaya, ¿cómo no reírse? Eran bufos de verdad todos aquellos señores de Péola... ¡Y aquella comisión de señoritos, socios del Círculo de Amigos, con su anciano y bondadoso presidente en medio, que entró en la oficina una mañana, para invitarla a la famosa fiesta y baile anunciados en el tren por el señor Silvagni! ¡Qué escena! ¡Todos con los ojos encendidos en deseos, que por un lado parecían querer comérsela, y por el otro experimentaban un extraño encanto en reparar tan de cerca que ella tenía la naricita así, y así la boca y los ojos y la frente, para no hablar sino de la cabecita tan sólo! Pero los más impertinentes eran los

que se turbaban más. Ninguno sabía cómo comenzar:

—¿Querrá hacernos el honor?... Es costumbre anual, señora... Un poquito de *soirée dansante*... ¡Oh!, pero sin pretensiones, ¿sabe usted? Fiesta en familia... ¡Mas sí, prométalo usted! Es costumbre anual, señora... Pero, vaya, ¿qué han de decir? Que quiere usted verdaderamente honrarnos...

Se retorcían, se estrujaban las manos, se miraban a la boca unos a otros en el acto de decidirse a hablar, mientras el presidente, que era también el alcalde de la localidad, se hincha cada vez más, reventando de cólera. Se había preparado un discurso, él, y no se lo dejaban soltar. Se había pasado también el cosmético con gran cuidado sobre la extendida guedeja de cabellos que le tapaba la calva, y se había calzado guantes color canario e introducido dos dedos, elegantemente, entre los botones del chaleco.

—Es costumbre anual, señora...

La señora Lucieta, confusa, aturdida, aunque con las grandes ganas de reír en el cuerpo, toda ruborosa por aquellas reiteradas invitaciones, que más que de las bocas privadas de elocuencia, le llegaban de los ojos ávidos y ardientes, buscó primero la manera de defenderse... no por nada... mucho honor, mucho placer, pero ¡figúrensel!, comprenderían su estado... estaba aún de luto, miren, lo sabían...

y luego, sus dos hijitos... estaba con ellos por la noche solamente... no los veía durante todo el día... tenía la costumbre de acostarlos ella misma... y además tenía tantas cosas a que atender...

—¡Pero vamos, por una sola noche!...— Podía al menos ir después de haberlos acostado...—¿Y no tenía también una criada?... ¡Por una noche!

A uno de los mocitos, en el delirio, se le escapó por último:

—¿El luto? ¡Pero qué tontería!

Le dieron un codazo en un costado, pobre jovencito, y no respiró más.

La señora Lucieta prometió, al fin, que iría, o más bien, que haría todo lo posible por ir; pero después cuando quedó sola...

¿Qué? El anillito, aquel cintillo de oro que Lofredi, al desposarla, le había puesto en el dedo... ¿Era posible? Su manecita era entonces tan suave y fina... manita de mozuela... Y ahora, como los dedos habían engrosado un poco...

Nada, no lo decía por esto; no decía nada la señora Lucieta; cuando quedó sola, absorta en sus pensamientos, se restregaba con los dedos de la otra mano el anular oprimido por aquel anillo, que le hacía daño... bastante daño, por cierto. Tan estrecho le estaba, que no podía sacárselo ya...